

La crítica de Clarín a la luz de José Enrique Rodó

(Dos artículos de Rodó en la *Revista Nacional de Literatura y Ciencias Sociales*, 1895)

Sin cierta flexibilidad del gusto no hay buen gusto. Sin cierta amplitud tolerante del criterio, no hay crítica literaria que pueda aspirar a ser algo superior al eco transitorio de una escuela y merezca la atención de la más cercana posteridad.

J.E. Rodó, «Notas sobre crítica», 1896

Con frecuencia los estudiosos de las literaturas hispánicas del período de fin del siglo XIX dejan entrever en sus trabajos la complejidad de una etapa que resulta difícil adaptar a unos estrictos marbetes de modernismo y 98. Desde el enclave peninsular, glosado con agudeza magistral por las crónicas que Rubén Darío denominara *España Contemporánea*, el arduo descubrimiento de la figura señera de Leopoldo Alas está arrojando luces no gastadas sobre unos años apasionantes en los que culmina el que hacer regeneracionista y nacionalista de los intelectuales del 68, a la vez que se abre una crisis que da paso a lo que, con toda exactitud, el profesor José Carlos Mainer ha rotulado como *Edad de plata*.

Tiempos complejos, sobresalientes en la labor intelectual, que exigen para su estudio cuando menos el implacable rigor de la cronología y el redescubrimiento de la *tradición* como un valor activo y positivo al modo postulado por la hermenéutica de H.G. Gadamer.¹ A la dilucidación de algunos de sus rasgos quieren contribuir las líneas que siguen, desempolvando dos excelentes artículos en los que el joven escritor uruguayo José Enrique Rodó examina atinada y significativamente la labor del más prestigioso crítico de las letras hispánicas en la década que cierra el siglo XIX: Leopoldo Alas «Clarín».

I

José Enrique Rodó, casi veinte años más joven que Clarín, perteneciente a la generación uruguaya del 900, principió su quehacer de publicista en 1895, cuando «con un pequeño grupo de amigos funda una publicación quincenal: la *Revista Nacional de Literatura y Ciencias Sociales* (Montevideo)».² Empresa juvenil de excepcional calidad,

¹ H.G. Gadamer, *Verdad y método* (traducción de A. Agud y R. de Agapito), Salamanca, Sígueme, 1984.

² E. Rodríguez Monegal, «Introducción» a J.E. Rodó, *Obras Completas*, Madrid, Aguilar, 1957, p. 25. Se trata de un excelente estudio al que remitimos al interesado lector.

cuenta su primer número el 5 de marzo de 1895, y aunque adscrita a la gran corriente del modernismo, lo cierto es que al menos en lo que concierne a los trabajos de Rodó no se podría rotular tan categóricamente, ya que, como significó Rodríguez Monegal, los primeros estudios críticos del autor de *Ariel* descubren una actitud ante la estética modernista que oscila «desde una reserva cortés hasta una franca aceptación de sus tendencias principales».³ Desde esta tribuna, Rodó fue dando a conocer una serie de trabajos críticos que muestran diáfano su fascinación por Clarín a la par que distinguen entre el decadentismo azul, amanerado y hueco, y el modernismo de anchos vuelos que encuentra en Rubén su máximo valedor. Así los artículos de la *Revista Nacional* —redactados entre 1895 y 1897— revelan la personalidad de Rodó cada vez más simpatizante de un modernismo que debe descontar de su estética la cuota decadentista y en la que debe caber la actitud ideológica del artista vinculado al mundo americano, como se desprende de *Ariel*, libro capital para el conocimiento de su ideario.

La revelación de Rodó como crítico literario y como intelectual se forja en las páginas de la *Revista Nacional*, interesando su quehacer a Leopoldo Alas que ve en los dos artículos que le dedica Rodó —motivo de este asedio— un magnífico ejemplo de rigor y bien hacer, además de una inusual capacidad de penetración en la formulación de juicios estéticos. Buena prueba del aprecio que Alas dispensaba al joven Rodó son las dos referencias críticas que el autor de *La Regenta* consagró a *Ariel*: una, la más importante, en *El Imparcial* (23-IV-1900), que pasaría a ser prólogo del libro de Rodó en la segunda edición que ve la luz el mismo año que la primera (1900);⁴ otra, mucho más breve, como primera parte de «Como gustéis», artículo aparecido en el diario *El Pueblo* de Valencia el 9 de julio de 1900 y recientemente exhumado por el profesor Lissorgues. En este último artículo decía Clarín de Rodó:

Es uno de los jóvenes *intelectuales* de América más equilibrados, más perspicaces y de más serios estudios.⁵

Junto a ello es conveniente recordar que el epistolario de Rodó a Unamuno —quien, por cierto, se acercó a *Ariel* a instancias de Clarín— contiene una lacónica pero expresiva alusión a Leopoldo Alas:

He enviado *Ariel* a los pocos amigos intelectuales de verdadero prestigio que tengo en España, contándose entre ellos el que más íntimamente conozco y más benévola me ha estimulado: Leopoldo Alas.⁶

Alusión que ofrece la otra cara del mutuo aprecio que el autor de *La Regenta* y el intelectual uruguayo se dispensaron en los años finales del siglo XIX.

La relación entre Alas y Rodó se inicia en 1895 cuando, tras publicarse los artículos titulados «La crítica de Clarín», en dos entregas (20-IV y 5-V-1895), en la *Revista Na-*

³ E. Rodríguez Monegal, «Introducción» a J.E. Rodó, O. C., ob. cit., p. 82.

⁴ L. Alas «Clarín», «Prólogo» a J.E. Rodó, *Ariel*, Valencia, Sempere, 1908. Se trata de la séptima edición.

⁵ Y. Lissorgues, «Unamuno y Clarín: ¿una amistad frustrada?», *Letras de Deusto*, XV (1985), pp. 99-101.

⁶ Carta de J.E. Rodó a Miguel de Unamuno (20-III-1900). Cito por J.E. Rodó, O. C., ob. cit., p. 1300. La correspondencia cruzada entre Unamuno y Rodó es un episodio apasionante necesitado de una revisión que complete las pertinentes notas de Rodríguez Monegal.

cional de Montevideo, el autor de *La Regenta* se dirige al director de la *Revista Nacional* para «rogarle que, en mi nombre, dé las gracias más expresivas al Sr. Rodó por su artículo. Cuando elogios o censuras vienen de quien demuestra escaso juicio y gusto, me dejan igualmente tranquilo e indiferente. Cuando las censuras prueban talento en el que escribe, me pican. Cuando los elogios nacen de un espíritu escogido y serio, como lo es sin duda el del señor Rodó, me halagan y las agradezco mucho». ⁷ Rodó contestó en epístola del 20 de febrero de 1896, al mismo tiempo que desde las páginas de la revista uruguaya, y analizando la nueva sensibilidad novelesca, indicaba:

En el imaginador de *Su único hijo* y *La Regenta*, no es la crítica sola quien ahora mueve impulsos de renovación, reflejos de nueva luz, sobre la vida literaria. ⁸

El artículo de Rodó vio la luz el 25-XII-1896, lo que afirma la alta estima que Rodó tiene por el Clarín novelista, hasta el punto de considerarlo uno de los eslabones clave en la indagación de la

nueva vida del espíritu ⁹

a través de las obras novelescas.

Clarín, naturalmente, se siente agradecido por el trato que le dispensa Rodó y en la revista barcelonesa *La Saeta* (25-II-1897) publica un abierto elogio del crítico uruguayo:

En América se publican muchas revistas literarias de jóvenes que imitan a los *decadentes* franceses, y esas revistas, por lo general, son de insoportable lectura.

Pero hay una, que no es decadentista, titulada *Revista Nacional de Literatura y Ciencias Sociales* que se publica en Montevideo, la cual es una honrosa excepción, por lo discreta, seria, original e ilustrada. Trabaja en ella un señor don José Enrique Rodó, que es un crítico de cuerpo entero, que no está vinculado con ninguna de esas pestes pegajosas que tantos y tantos escritores jóvenes americanos llevan de París a su tierra.

El señor Rodó reconoce que el *jugo* de las letras hispanoamericanas debe tomarse de la tradición española.

Perfectamente.

¿Cómo no he de estar conforme con esa idea, si la vengo predicando desde hace años en todas partes, principalmente en *El Imparcial* y en *Las Novedades* de Nueva York?

Críticos como el señor Rodó, pueden hacer mucho en América, por la sincera unión moral e intelectual de España y las repúblicas hispano-americanas; unión que podría preparar lazos políticos y económicos futuros, de la que, a mi ver, ya tiene sentadas las premisas la historia, y que serán la consecuencia que saque el porvenir. ¹⁰

Estos abiertos elogios se trocarían un tanto cuando —al recibir sistemáticamente la *Revista*— compruebe el carácter modernista de la publicación, escribiéndole a Rodó:

Mis elogios de la *Revista Nacional* eran espontáneos y sinceros. Y para que vea Vd. esta sinceridad, le diré que recibí hace unos meses unos cuantos números que ya no me parecieron tan

⁷ Carta de Leopoldo Alas (29-XII-1895). Recogida en J.E. Rodó, O. C., ob. cit., p. 1260.

⁸ J.E. Rodó, «La nueva novela», *La Vida Nueva* (1897), O. C., ob. cit., p. 156.

⁹ J.E. Rodó, «La nueva novela», O. C., ob. cit., p. 156.

¹⁰ L. Alas «Clarín», «Palique», *La Saeta* (25-II-1897). Artículo no recogido en ninguna recopilación de los artículos de Clarín.

bien, pues vi con dolor en ellos demasiado *azul*, y excesiva intervención de esos señoritos que Vd. llama con gracioso eufemismo, candorosos. Después vinieron otros números más serios y sentenciosos. Sigán Vds. así. Menos *sinsontes* disfrazados de gorriones parisienses, y más crítica seria, de gusto y conciencia, como la de Vd. y la de Pérez Petit.¹¹

En su respuesta del 5 de septiembre de 1897, Rodó le anuncia el envío del opúsculo *La vida nueva*, donde recoge trabajos que habían visto la luz con anterioridad, y también toma en cuenta las indicaciones del asturiano, cuyo ideario resuena en el rumbo que Rodó dice va a guiar la brújula de las sucesivas entregas de *La vida nueva*:

El plan de esta colección se basa en el anhelo de *encauzar* al modernismo americano dentro de tendencias ajenas a las perversas del decadentismo *azul*... o *candoroso* según Vd. y yo hemos convenido en llamarle.¹²

Aunque la comunicación epistolar no se reanuda hasta el episodio de *Ariel* lo cierto es que las distancias entre un Rodó que se deslumbra cada vez más por los versos de Rubén Darío, y Alas, reticente al modernismo del nicaragüense, se van acrecentando. No obstante, Clarín —que recomendó la obra a Unamuno, según se desprende de una carta al autor de *Paz en la guerra* fechada el 9 de mayo de 1900—¹³ trató en su crítica de *Ariel* —luego prólogo— de separar a Rodó del grupo de decadentes y modernistas que desde el uno y el otro lado del Atlántico tanto desprecio acumulaban en la punta de la pluma del crítico asturiano, que atisbaba la modernidad por otras rutas más acordes con la tradición en la que se había fraguado su personalidad intelectual.

II

Surge aquí un tema que es clave en el interés de Rodó por Alas, y que pone de relieve lo simplista de la pretensión de entender a Clarín como denonado martillo de herejes modernistas: ¿cuál es la posición de Alas respecto del modernismo? Sin entrar en largas disquisiciones a propósito de la definición y uso del término «modernismo», es necesario, sin embargo, establecer unas consideraciones fundamentales que delimiten el interés con el que Rodó se acercó y estimó la obra de Clarín como partícipe de lo que el escritor uruguayo llamó:

esa ansiedad de las cosas nuevas que flota, como presagio de una renovación tal vez cercana en el ambiente moral de nuestros días.¹⁴

Dejando a un lado el «caso» Rubén Darío que es el más palmario ejemplo de la infrecuente opacidad crítica de Alas en la trayectoria que va desde *Solos* a *Siglo pasado*,¹⁵

¹¹ Carta de Leopoldo Alas (11-VIII-1897). Recogida fragmentariamente en J.E. Rodó, O. C., ob. cit., página 1262.

¹² Carta de J.E. Rodó a Leopoldo Alas (5-IX-1897). Recogida en J.E. Rodó, O. C., ob. cit., p. 1261.

¹³ Carta que puede leerse en M. Menéndez Pelayo, M. Unamuno, A. Palacio Valdés, Epistolario a Clarín (ed. Adolfo Alas), Madrid, Escorial, 1941, p. 93.

¹⁴ J.E. Rodó, «La crítica de Clarín», Revista Nacional de Literatura y Ciencias Sociales (Montevideo), (5-V-1895). Cito por O. C., ob. cit., p. 758.

¹⁵ Ha sido estudiada la relación entre Clarín y Rubén Darío por F. Ibarra, «Clarín y Rubén Darío: Historia de una incomprensión», Hispanic Review, 41 (1973), pp. 524-540.